

constante y frecuentemente homenaje al heroísmo de los sacerdotes y de las religiosas en los frentes de combate o en las regiones invadidas de Francia. Como Ministro de guerra, ha condecorado a muchos de aquellos con la Legión de honor, con la medalla militar y con la cruz de guerra.

En su visita a Lila, después de la retirada de los alemanes, visitó al Deán de la catedral para investigar con las insignias de la Legión de honor por la entereza y valor que este desplegó durante la ocupación alemana de la ciudad, cruelmente tratada. Después de recibir el «viejo tigre» el tradicional abrazo, el Deán invitó al gran estadista a concurrir a la *fe Deum* que se debía celebrar en la catedral al día siguiente, en acción de gracias por la liberación de la ciudad.

Clemenceau aceptó la invitación y al día siguiente concurrió a la catedral, en cuya puerta fué recibido por el Deán. Los asistentes se pusieron todos de pie al verlo entrar. Durante todos los oficios permaneció dando muestras de profunda reverencia, y al salir fue aclamado por el pueblo con enorme entusiasmo.

El pueblo de Francia ha sido siempre profundamente religioso, y si se quiere ha mostrado más ostensiblemente su fe desde la ruptura del Concordato.

Ha sido la gran guerra la ocasión de que se demuestre, a pesar de todas las afirmaciones en contrario, que la mayoría de los miembros del gobierno y de los altos jefes, no son verdaderamente franceses en patriotismo, sino también en religión.

(Del Washington Post.)

Incendio

Le Orocué comunican que por la noche del sábado, 15 de los corrientes un incendio cuyas causas se ignoran todavía, ocasionó graves daños en aquella población.

El Ahnacén Franzius fué uno de

facción:

—Eso para mí es la mejor recompensa que se me puede ofrecer en esta vida.

En este momento se presentaron la madre y las otras dos hijas. Después del saludo dijo una de ellas:

—Gracias a Dios que ya está mejorita, pues nos ha tenido en todos estos días sólo haciéndole remedios y no hemos vuelto a coger oficio ninguno.

—Sí, dijo la madre, con tono que tanto participaba de la chanza como de la seriedad; que se aliente pronto y nos ayude, porque esa vida así... que la aguante otra, ya no puedo más.

Ruth trató de disimular la frase algo dura de su madre, y con una de sus sonrisas que dirigió al doctor Esquerro contestó:

—Sí, mamita, el señor doctor me ha prometido que no se irá hasta que no esté repuesta.

los establecimientos que más sufrieron según el telegrama.

LA ENTRADA DEL MARISCAL PETAIN A ESTRASBURGO

Estrasburgo, 25 de noviembre. Estrasburgo, todo cubierto de flores y de arcos triunfales, lleno de rumores triunfales, está envuelto en una bruma gris. Se espera al Mariscal Pétain, Comandante de las fuerzas francesas, a quien precedió en la entrada a la vieja capital de Alsacia, hace tres días, el General Gouraud.

La silueta de la altiva flecha de la catedral se pierde en la niebla. Apenas se distinguen los oriflamas tricolores que flotan en los ángulos superiores de la torre octágona. Frente a la estatua de Kleber se levanta un gran estrado. Doce grandes cañones levantan hacia el cielo gris sus tubos asesinos.

Una multitud inmensa se aprieta a lo largo de la vía formada por las tropas que cubren el trayecto del cortejo triunfal. El Mariscal entró en la ciudad por la puerta de Schirmeck. Estrasburgo recibió al triunfador con un solo grito unánime, interminable, de viva Francia!

No quise abandonar la plaza de Kleber. Parece que en aquel sitio histórico era donde mejor latía el corazón de la vieja Alsacia. Recordé entonces al viejo padre del General Farny, alsaciano irreducible que asistió diariamente durante muchos años a la parada de la guardia alemana que hacía todas tardes el relevo en la plaza. Una vez partida la guardia, el viejo Farny se colocaba frente a la estatua y apoyado sobre su bastón, murmuraba entre dientes: «Aquí habrá de venir él, a caballo. Aquí habrá de situarse, a la derecha de esta estatua. "El" era su hijo...»

A las dos de tarde un clamor inmenso anuncia que el cortejo se acerca a la plaza. Detrás del pelotón de caballería que abre la marcha, avanza Pétain, en automóvil, en compañía de Castelnau, de Fayolle y de Maistre. Después vienen Gouraud,

—Ahora sí te la sacaste! Es decir que él se estará aquí hasta que te dé la gana! Cuál es el sueldo que tienes para darle.

—Ella pronto estará bien, contestó él con dulzura; no será mucho lo que tenga que esperar! digo si no se expone a una recaída que le sería funesta.

—Nada! El pobre como pobre; si se está ahí calentando la cama, más se enferma.

—Es verdad! dijo una de las otras hijas. Nosotras cuando llegamos a estar enfermas no hacemos cama y aquí estamos. Qué ha de tener ella más que nosotras? Que se deje de cuidados y verá si en esto está alentada.

El Cura salió con disimulo y llamó a la madre para decirle:

—Es neces... llevarla con paciencia por ahora; apenas acaba de hacer crisis el mal, no es prudente contrariarla ni hacerla levantar. A-

Humbert y Gerard; luego las tropas del General Buat.

Como en Colmar, las alsacianas toman parte en el cortejo, en trajes nacionales. Pero en vez de formar la vanguardia, marchan con las tropas, rodeándolas de suerte que cada fila que pasa está formada por ocho "poilus" y dos alsacianas, en los extremos.

Al llegar ante la estatua, Pétain y los Generales se descubren, las tropas presentan las armas, y la multitud, delirante, exclama: ¡Viva Francia!

Prescindiendo de describir el entusiasmo. Las simples palabras no bastarían para dar remota idea de lo que sintió Estrasburgo en ese día glorioso. Conserve el recuerdo borroso de millares de pañuelos agitados en los balcones, en los techos, en los árboles; de banderas flotantes en la bruma; de soldados y de alsacianas formando una interminable cinta azul de bordes rojos; de gritos, de lágrimas, de abrazos, de besos.

Todo ello forma en mi memoria un recuerdo inborrable e indescriptible. Y si viviera cien años, mi corazón latiría al evocar este recuerdo, como latía hoy al presenciándolo.

La dislocación de las tropas se efectuó frente al viejo Palacio Imperial. De allí, el Mariscal Pétain se dirigió al Ayuntamiento, en donde el nuevo Alcalde, M. Boyettes, le dio la bienvenida.

El Mariscal evocó en su respuesta el recuerdo de los muertos gloriosos que no pudieron ver flotar la bandera tricolor sobre la Alsacia reconquistada al enemigo.

A las cuatro de la tarde, el Mariscal se presentó con su séquito ante el gran portal de la catedral, adornado con las estatuas de Carlos Martel, de Lotario, de Clotilde y Borgoña. El Capitán, después de saludar al jefe del ejército francés, lo condujo a la inmensa nave. Los coros entonan un Te Deum grandioso.

La fiesta oficial terminó entre las brumas que vestían a Estrasburgo llenándola de grandeza misteriosa. Los gritos y la alegría de la multitud

liméncela. Tome este peso y mende a casa por lo demás que necesite. Ella al fin se alentará y podrá ayudarles en algo.

—Pero no ve usted, señor Cura, que la miseria nos come? Ya llevamos más de ocho días de no hacer oficio chico ni grande y para mejor adobar, *aquel* no parece. Acaso hemos vuelto a saber de él?

—No se le dé nada, Dios no les faltará.

Doña Inés, madre de esta familia, era alta, recta y tan enjuta que podía contársela todos los huesos al través de su piel amarillenta y rugosa. Aunque carecía de pelo, su frente era pequeña e inclinada hacia atrás. Los ojos pardos y euencosos se le movían con inquietud en las órbitas y, según parecía, ni en su juventud habían tenido una mirada cariñosa. La nariz era arqueada y la boca de labios sumamente delgados que formaban a cada extremo de ellos